

# LA CONSTRUCCIÓN DEL SOL

Pieza teatral en un acto  
(Pequeño homenaje a William Shakespeare)

Eliseo Quiñones A. / Centro de Estudios Cinematográficos

---



---

DRAMATIS PERSONAE:

ANTONIO

PETRUCHIO

OTELO

OFELIA

HAMLET

PRÓSPERO

ÉPOCA ACTUAL

*Shakesperiana es una obra de investigación teatral. Por tanto, no tiene acotaciones de ninguna clase para dejar, así, entera libertad a la imaginación creadora del director, actores, escenógrafos, etcétera.*

*La edad de los personajes varia entre 17 y 30 años. Me gustaria que Próspero fuera el más joven de ellos. Hamlet, que es una mujer, "mata" a Oteló en la escena VII, durante su monólogo.*

*Al comenzar la obra Antonio y Petruchio conversan. Aparte, Oteló escribe algo...*

ANTONIO: Ahora.

PETRUCHIO: Sí; ahora.

ANTONIO: En esta hora.

PETRUCHIO: Sí; en esta hora.

ANTONIO: En esta hora en que el sol corre para ocultarse tras la montaña.

PETRUCHIO: En esta hora en que la montaña corre para ocultar al sol.

ANTONIO: ¡Ah!, el sol se nos escapa, Petruccio...

PETRUCHIO: Entonces colgaremos en el cielo el sol que fabricamos en el sótano.

ANTONIO: Sí. Lo pondremos en órbita precisa. Una vuelta completa alrededor de la tierra cada 24 horas.

PETRUCHIO: Un hermoso sol verde esmeralda, para que se pongan en huelga las fábricas de lentes ahumados.

ANTONIO: No. Un sol rosa para que la vida se vuelva monótona.

PETRUCHIO: Azul, para que se confunda con el cielo.

ANTONIO: Blanco, para que se confunda con la luna.

PETRUCHIO: Amarillo, para ponernos todos románticos.

ANTONIO: ¡Rojo!

PETRUCHIO: ¡No! Nos volveríamos todos sospechosos.

ANTONIO: Irisado entonces, para ir con la época.

PETRUCHIO: Irisado. Aprobado. Para no caer en responsabilidades ni en definiciones.

ANTONIO: Irisado. Para estar cambiando siempre. Así nunca seremos revolucionarios ni conservadores. La solución ideal.

PETRUCHIO: Antonio... hemos olvidado algo; no hemos resuelto lo del cohete que lo va a poner en órbita.

ANTONIO: Es cierto; no hemos encontrado el combustible perfecto.

PETRUCHIO: Ni hemos pensado en el material con el que lo fabricaremos.

ANTONIO: Ni sabemos que dimensiones tendrá.

PETRUCHIO: Ni hemos dibujado los planos.

ANTONIO: Lo haremos mañana.

PETRUCHIO: Sí. Lo haremos mañana.

ANTONIO: Sí. Mañana.

PETRUCHIO: Mañana...

ANTONIO: Mañana saldrá de nuevo el sol iluminando la montaña.

PETRUCHIO: Mañana habrá girado la montaña y la iluminará el sol.

ANTONIO: ¡Ah!, el sol siempre vuelve a salir, Petruccio.

PETRUCHIO: El mismo viejo sol; nunca se cansa.

ANTONIO: Sí, El mismo viejo sol que llegará iluminando la montaña y correrá de nuevo a ocultarse tras ella como una niña temerosa. ¿Dónde estarás mañana, Petruccio, a esta hora?

PETRUCHIO: No lo sé.

ANTONIO: ¿No estarás aquí, compartiendo la vida conmigo?

PETRUCHIO: No lo sé. Si coincidimos en el tiempo y en el espacio, es muy probable que así suceda.

ANTONIO: ¿No me buscarás, como yo te busco?

PETRUCHIO: No te buscaré. Nunca te he buscado. Te he encontrado a veces.

ANTONIO: ¿No soy tu amigo?

PETRUCHIO: Sí lo eres. Aquí. Ahora. Y en todas aquellas veces que te pienso. Todas aquellas veces que te he soñado.

ANTONIO: ¿Pero no puedes decir que soy tu amigo siempre?

PETRUCHIO: No lo puedo decir. Lo único que sé es que eres mi amigo a veces.

ANTONIO: ¿Acaso alguna vez te hice mal? ¿Has recibido de mí algún mal trato? ¿Te he negado el saludo? ¿Te he ofendido acaso?

PETRUCHIO: Otra cosa que puedo decir de ti, es que nunca has sido mi enemigo. Al menos, nunca lo he sabido.

ANTONIO: ¿Pero, nunca me has necesitado? ¿Nunca has sentido mi falta, mi ausencia? ¿Nunca te has sentido solo?



PETRUCHIO: A veces me he sentido solo. Me he sentido solo cuando lo he querido. Bastaría que lo deseara ahora para volver a sentirme solo.

ANTONIO: ¿A pesar de estar conmigo?

PETRUCHIO: A pesar de estar contigo.

ANTONIO: Pero, a veces, nos sentimos solos sin querer.

PETRUCHIO: Tienes razón. A veces nos llenamos de soledad, de tristeza, de tedio, de odio, sin querer. Entonces, si me siento solo, basta encontrar un árbol, una flor, un libro, para dejar de sentirme solo. También me pongo a conversar conmigo mismo o me pongo a cantar. Si me siento triste y no quiero estar triste, me ocupo de observar la naturaleza, a alguna persona o a mí mismo y esta ocupación aleja a la maléfica tristeza de inmediato. Como comprenderás, yo nunca me aburro, y el tedio que consume sin beneficio nunca se encuentra en mí. A veces odio. Pero odio cuando yo quiero.

ANTONIO: Entonces debes de ser feliz.

PETRUCHIO: Depende de lo que tu llames felicidad. Hay tantas maneras de ser feliz como hombres existen sobre la tierra.

ANTONIO: Pero tú debes de ser feliz porque no tienes necesidades. Haces siempre lo que quieres.

PETRUCHIO: Tengo la necesidad de hacer lo que quiero. Por eso lo hago.

ANTONIO: Y a veces necesitas de un amigo, ¡confiésalo!

PETRUCHIO: No lo he negado. A veces necesito de un amigo.

ANTONIO: Y lo buscas.

PETRUCHIO: Y lo busco. Pero lo busco porque quiero buscarlo. Si no quiero, busco otra cosa que lo sustituya.

ANTONIO: Ayer me buscaste a mí.

PETRUCHIO: Sí. Ayer te busqué a ti porque era necesario cerrar una secuencia. Habíamos hecho una cita previa.

ANTONIO: Quizá. Pero ayer me buscaste.



PETRUCHIO: Sí. Ayer te busqué.

ANTONIO: Sí. Ayer.

PETRUCHIO: Ayer.

ANTONIO: Ayer no salió el sol en todo el día, Petruccio.

PETRUCHIO: Ayer no se vio el sol en todo el día.

ANTONIO: Estuvo nublado. Llovió toda la tarde.

PETRUCHIO: Yo lo vi un momento. Al amanecer. Recibí la débil caricia de su luz sobre mi rostro. Minutos después lo ocultaban las nubes...

ANTONIO: Ayer, la hermosa Ofelia me concedió la tarde. Fui muy feliz. Sentado a sus pies, con la cabeza sobre su regazo, la oía reír, llorar, cantar, hablar, hablarme...

PETRUCHIO: La hermosa Ofelia. Todos la tenemos todos los días todas las mañanas; pero nunca sabemos con cuál de nosotros habrá de pasar la tarde...

ANTONIO: Ayer fue la hermana que nunca he tenido.

PETRUCHIO: Para mí fue la madre que perdí cuando niño.

ANTONIO: Jugó conmigo, nos peleamos un poco, me dio un beso en la frente...

PETRUCHIO: Me arrulló, me dijo tiernas palabras, me regañó por mis travesuras, me dio consejos, lloró por mí cuando me sentí enfermo.

ANTONIO: Siempre es una mujer.

PETRUCHIO: Nunca es la mujer. Quiero decir, la esposa, la amante, ni siquiera es la novia nunca...

ANTONIO: Por eso concede las tardes, nunca las noches.

PETRUCHIO: Hoy es jueves. La tarde que concede a todos. Hoy será la amiga de todos.

(ENTRA OFELIA)

ANTONIO: Ahora llega. ¡Ofelia!

II

ANTONIO: Buenas tardes, señora, ¿busca usted a alguien?

OFELIA: Busco la intranquilidad, la rebelión creadora, la tempestad, ¡la furia! Me parece que equivoqué la dirección; mi brújula ha estado descompuesta últimamente; la llevaré a reparar... Indicaciones de personas extrañas me trajeron a este lugar.

PETRUCHIO: Pase señora; de un momento a otro comenzará la guerra. Ha caído usted al mejor refugio subterráneo de este mundo.

OFELIA: No me entienden. No busco un refugio, busco una fortaleza con un buen polvorín y grandes cañones.

ANTONIO: ¿No le serviría a usted una catapulta y grandes piedras?

OFELIA: Perfecto. Veo que son comprensivos. He traído regalos... ¿puedo ver al general?

ANTONIO: Helo ahí escribiendo las órdenes de mando.

PETRUCHIO: Puede usted dejar aquí los regalos...

OFELIA: ¡Oh, sí! Tomen.

ANTONIO Y PETRUCHIO: Gracias.

ANTONIO: Podría ser algún eficaz veneno o una bomba de tiempo o una caja de sorpresas y mi corazón es débil... Prefiero el destinado a Petruccio.

PETRUCHIO: No sabría qué esperar de ella. Tomo el otro. Descubriré entonces lo que regala a Antonio.

OFELIA: He aquí mi tarjeta; ¿serían tan amables de anunciarme?

ANTONIO: ¡Eh, capitán! Una joven peregrina se ha extraviado en las montañas y pide posada en esta casa.

ANTONIO: Dice el general que no puede recibirla.

PETRUCHIO: Que órdenes recién llegadas del ministerio lo mantienen ocupado.

ANTONIO: Que la guerra no es asunto de mujeres.



PETRUCHIO: Que hoy no es sábado.

ANTONIO: Que su abuela tenía viruelas.

PETRUCHIO: Que acaban de inventar dos armas mortíferas llamadas arco y flecha.

ANTONIO: Que dichas armas las manejará cupido.

PETRUCHIO: Saecula Saeculorum.

ANTONIO: Que ya no hay vacantes en el ejército.

PETRUCHIO: Que qué lástima...

ANTONIO: Que haga antesala y que si quiere ilustrarse un poco hojee las revistas que hay en el recibidor.

PETRUCHIO: Que son inofensivas.

ANTONIO: Que barra el piso.

PETRUCHIO: Que se desnude.

ANTONIO: Que le surza los calcetines.

PETRUCHIO: O que se vaya a Chihuahua al baile.

OTELLO: ¡Ofelia!

OFELIA: No cabe duda. He arribado a buen puerto. ¡Alabado sea!

PETRUCHIO: ¡El regente de Neverland te da la bienvenida, Gwendy!

OTELLO: ¡Ofelia!

OFELIA: Gracias, cocodrilo.

ANTONIO: ¡Mis guantes, mi abanico! ¡Oh, se ha hecho tarde, tarde! ¡Las cinco, ya son las cinco!

OTELLO: ¡Ofelia!

PETRUCHIO: ¡El té, hay que servir el té! ¡Pronto, las cinco el té!

OTELLO: ¡Ofelia!

### III

OTELLO: ¡Ofelia! Lee.

OFELIA: Un surtidor azul  
de tus senos de plata  
hizo encallar  
la nave de mis sueños;  
tocaba Dave Brubeck  
la vieja serenata  
¡ay! de las ranas...

Mucha influencia de García Lorca.

OTELLO: ¡Estás loca, Ofelia! A todo lo que escribo le encuentras influencia de García Lorca. Quieres molestarme.

OFELIA: Eso es lo que quiero. Acertaste.

OTELLO: Pero sabes muy bien que todo este mes he leído únicamente las historietas de Charlie Brown y me he dormido oyendo música de Scarlatti. ¡Lo que pasa es que me engañas con García Lorca!

OFELIA: ¡Es verdad!

OTELLO: Anoche lo estuviste llamando en sueños y esta mañana, al sacar los cigarrillos de tu bolso me encontré unas castañuelas.

OFELIA: ¡Olé!

OTELLO: Todavía más: desapareció de mi librero el *Romancero gitano* y de un tiempo a esta parte usas sombra verde para los ojos. ¡Me engañas! ¡Me engañas!

OFELIA: ¡Cuando tú dices que la burra es parda, es porque tienes cien pájaros volando!

OTELLO: No te desvíes.

OFELIA: Todas las noches, al acostarme, hay un hombre en el cuarto de baño.

OTELLO: Soy yo, que me lavo los dientes.

OFELIA: Un hombre que entra en la recámara y que apaga la luz...

OTELO: ¡No puedo dormir con la luz prendida!  
 OFELIA: Y que se mete en mi cama.  
 OTELO: ¡Mi amor!...  
 OFELIA: Otelo...  
 OTELO: Dime, corazón...  
 OFELIA: Tengo una pequeña queja para ti...  
 OTELO: ¿Si?...  
 OFELIA: Me acaba de decírtelo... Me acaba de contar Antonio...  
 OTELO: ¡Mentira!  
 OFELIA: Que ayer...  
 OTELO: ¡Mentira!  
 OFELIA: Estuviste dos horas...  
 OTELO: ¡Mentira!  
 OFELIA: Besando...  
 OTELO: ¡No!  
 OFELIA: ¡El retrato de Jeanne Moreau! Así que conseguiste otro. Ya he tirado quince a la basura. Me estás cansando. Me había prometido no volver a decirte nada sobre ello, pero eres tan débil...; no puedo dejarte solo ni un momento sin que caigas en la tentación. No llores... ¡pobrecito! Dime que te perdone y te perdonaré... pídemme que lo olvide y pensaré que nunca ha sucedido.  
 OTELO: ¡Te quiero y te necesito tanto!  
 OFELIA: Cálmate. Ya no llores. Mira, voy a hacerte un retrato.  
 OTELO: ¡Oh, eres tan buena! Siéntate.  
 OFELIA: A ver... un poco a la izquierda. No ... mejor a la derecha. Más alta la cara... así. No te muevas.  
 OTELO: ¡Cuéntame un cuento!  
 OFELIA: ¿Un cuento?... Había una vez... una niña...  
 OTELO: ¡Qué recogía moras en el bosque y se llamaba Lulú. Sigue... ya no te interrumpo.  
 OFELIA: Esta niña vivía en un puerto muy grande. Llegaban barcos de todas las partes del mundo. Los padres de la niña eran dueños de un café en los muelles. Los clientes eran pescadores y marineros de todas clases. El padre de la niña era un italiano... como tú: demasiado débil para ser tan fuerte. La mujer lo engañaba a menudo; después de todo, tenía mucho dónde escoger. Fue en los últimos años de la Segunda Guerra cuando el pequeño negocio se incendió... y la mamá tuvo la muerte de la famosa doncella. El padre no contó con que la niña se salvara, pero a veces los bomberos hacen irrupciones inoportunas. El padre cobró el seguro, puso otro negocio mayor que el anterior y se casó con su cuñada; un poco sorda y más vieja, pero tan latosa como su finada esposa. La niña quedó un poco loca. Decía que en las noches sin luna se le aparecía el fantasma de su madre gritando: ¡Venganza! ¡Venganza! En vista de esto, el padre la metió a estudiar psicología. Pero tenía mucho talento artístico. Se inició en la escultura, se hizo socia de un club de *beatniks*. Nunca se supo quién denunció que tenían sesiones de marijuana... así le dicen allá. La policía amonestó a la madrastra... y la mandaron a una tierra lejana y llena de sol. Es decir, a este país. Aquí encontró a Próspero, lo adoptó y...  
 OTELO: ¿Te lo contó ella?  
 OFELIA: ¡Qué tonto eres! ¿No vez que es un cuento?  
 OTELO: ¡Bah! La vida de esa loca nunca ha sido interesante.  
 OFELIA: No está loca realmente. Lo que pasa es que...  
 OTELO: ...le faltan unos cuantos tornillos.  
 OFELIA: No te rías, Otelo. Esta noche quería decirte algo muy importante, pero veo que todo lo tomas muy en serio. Cuando te hago confidencias es porque sé que las olvidarás de un día para otro! En fin. Ya no tiene caso. Me voy...





(ENTRA HAMLET)

OFELIA: No. Mejor me quedo un rato contigo.

IV

HAMLET: Llegan los barcos de velas blancas hasta los muelles de Frisco Bay...  
Uno, dos, tres...

PETRUCHIO: ¡Cuatro! Era la primera vez que sucedía en el pueblo. Todos los vecinos acudieron a casa: "¡Qué lindos!" "¿Cómo les van a poner?" "¡Miren, dos tienen los ojos azules y dos los tienen negros!" Salieron fotografías de mamá en los periódicos. Papá estaba feliz. Tan feliz, que se puso una magnífica borrachera y se murió; y mamá, que lo quería mucho, también se murió. Y se murieron también los 4 monstruos. Y hete aquí que de una semana a otra, me encuentro huérfano de padre y madre, viviendo en casa de mi padrino que ¡vaya perra vida que me dio! Todo lo veía como el carbón: negro.

ANTONIO: Blanco, como la nieve.

HAMLET: Como mi vida: gris. Lleno de neblina, de humo... Hacía frío. Paseaba entre la niebla y me imaginaba a mí misma como un fantasma rodeado de fantasmas. Me escapaba por las formas que creaba en mi estudio; por los colores que imaginaba cuando paseaba por los muelles mirando por horas el ondular del agua.

PETRUCHIO: El girar de la tierra.

ANTONIO: El ulular del aire. El aire que cantaba entre los árboles; que movía las dunas en el desierto. En el enorme mapa de mi padre, estaban pintadas unas grandes cabezas soplando entre las nubes. Yo pensaba que atrás de aquellas montañas peladas y relucientes, se ocultaba un gigante... el que soplaba sobre nuestra casa. Yo envidiaba aquella fuerza aunque me enojara a veces con el gigante del viento cuando lanzaba sobre nuestra casa aquel aire tan frío.

HAMLET: Aquel corazón tan tibio.

PETRUCHIO: Aquel sol tan caliente. Mi madre acostumbraba darme chocolate caliente todas las mañanas. Era una buena mujer. Siempre sonriendo, cantando, hablando. No sé de dónde sacaba tantos cuentos. Cuando mi padre estaba en casa, siempre me ponía a escuchar sus pláticas. Papá se quejaba de la falta de niños y mamá le contestaba que cualquier día iba a tener cuatro de un jalón. Mi papá se reía y le decía: "Si tienes cuatro te vas a morir



de susto” y mamá le contestaba enojada: “Viejo cabrón, y tú te vas a morir de borracho, deja esa botella.” Pero papá no era muy borracho; era muy decente; sólo una vez, y juro que era inocente, estuvo en la horrible cárcel...

ANTONIO: En el sórdido hospital.

HAMLET: En la tranquila iglesia. Una iglesia católica. Yo iba con frecuencia. Iba junto con mi amiga, mi única amiga... En la iglesia nos contábamos nuestros secretos, nuestras pequeñas aventuras... Nos gustaba oír la música del órgano. También íbamos al cine, a la playa... Aquella amistad no duró mucho tiempo. Cuando mataron a su padre en la guerra, ella y su madre se fueron a una lejana ciudad...

PETRUCHIO: A un cercano rancho.

ANTONIO: A un pueblo vecino. Pequeño y lleno de sol. Aparte de mis juegos en la escuela, leía bastante: Salgari, Verne, Dumas... Una vez me aventuré con *Los miserables*. No le entendí mucho pero me gustó y la releí después dos veces. En la tarde me ponía a jugar con Pitágoras, le enseñé muchas cosas; Pitágoras era mi fiel perro.

HAMLET: Mi ausente golondrina.

PETRUCHIO: Mi querido caballo. La hacienda de mi padrino no era muy grande pero había siempre mucho trabajo: las vacas, las gallinas, las cosechas... Mi mayor alegría y mi mayor tormento era el caballo. Cuando me lo prestaban para pasear, me sentía libre. Pero cuando tenía que ir al pueblo, de noche, me angustiaba. La esposa de mi padrino era epiléptica y siempre le daban los ataques en la terrible noche.

ANTONIO: En la tranquila mañana.

HAMLET: En la esperada tarde. Por las tardes me ponía a modelar. Siempre aves: cisnes, gaviotas, flamencos... Las aves emigran, pueden volar de un lugar a otro... pero no las envidio. A mí no me gusta viajar. Me gusta siempre estar en un solo lugar. Apresar las aves en una escultura. Me gusta visitar los zoológicos, las cárceles, los teatros... Las gaviotas me gustan más porque parece que no emigran, siempre revoloteando en la larga playa...

PETRUCHIO: En la alta montaña.

ANTONIO: En el ancho desierto. El maravilloso espectáculo de los atardeceres, los espejismos, las lluvias ocasionales... Lo que más me gustaba era acompañar a papá cuando salía de cacería. Siempre regresábamos con un par de venados. Una vez matamos un coyote... Desde entonces me han gustado las armas de fuego: las pistolas, los cañones, las escopetas... Yo tenía una.

HAMLET: Yo soñaba dos.

PETRUCHIO: Yo quería tres.



(APARECE PRÓSPERO)

V

PRÓSPERO: ¡Yo conozco cuatro! Dos con los ojos negros y dos con los ojos cafés. ¿No son cuatro los gatitos que acaba de tener tu gata, Petruchio? ¡Hola Hamlet!, ¿progresas tu zoológico de fantasmas? ¡Ah, te diré una cosa: los peces se crían mejor en las peceras. No me explico por qué los has enterrado en las macetas. Nunca florecerán... como tampoco florecen las orquídeas en el desierto. ¿Sigues siendo un desierto tu vida, Antonio? ¿Sigues buscando la compañía, el amor, la amistad? ¿Darías una libra de tu carne por la amistad de Petruchio? Yo no daría por él tres cacahuates. ¡Qué gire el mundo! Que avance el viejo sol hasta el final de nunca. Las semillas han caído sobre el yermo, pero no hay razón para preocuparse. Cantar, reír, iniciemos el himno de la decadencia. Ese himno que nos hacen cantar en las escuelas debajo de un cielo azul, azul, azul, azul, azul, azul. Pero cae la noche. Hace tiempo que mis ojos luchan con las tinieblas y vuelve a caer la noche. Veo un poco ahora y sin embargo quisiera ser de piedra: ciego, sordo y mudo. Pero no soy de esa manera; soy de deseo, de carne, de mundo, de demonio. Eso es: de demonio; pero... quizá sea yo verdaderamente un héroe... ¿Por qué no? El demonio y el héroe son primos hermanos; ambos están entre el destino de los hombres y de los dioses; el demonio y el héroe son eslabones: yo soy un eslabón, un mensajero que viaja por los vientos. Pero... veo que algo nos falta y algo nos sobra. Fueron seis los días que se necesitaron para completar el gran fuego, ¿recuerdan?, el séptimo día se hizo para descansar, al fin que ya estaba funcionando la terrible máquina. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Ofelia!, ¡Otelol!, se necesitan dos piezas; vengan a nuestro lado. ¡Que comience a girar esta rueda de luz y sombra! Ofelia... aquí. Otelol allá. Bien. Ya estamos todos aquí abajo. ¡Que empiece el juego! ¿Han atado sus colas?

VI

ANTONIO: Falta poco, cuerpo destrozado, no desmayes. Ya veo la blancura de las cumbres.

PRÓSPERO: Antonio quiere llegar, llegar arriba. No me lo esperaba.

OFELIA: Do, re, mi, fa, sol, la, si, do...

PRÓSPERO: ¡No! ¿Es que Ofelia también sabe escalar?

PETRUCHIO: ¡Arriba! ¡A la luna, a la luna!

PRÓSPERO: Pobre Petruchio. Cree que la luna está arriba. Al primer paso se dará cuenta de que no hay arriba ni abajo.

HAMLET: ¡Volar alto, alto, como las águilas!

PRÓSPERO: Lo sabía. Ya presentía el peligro. Cuando el águila se eleva es porque ha visto una víctima en la tierra. Alguien morirá esta noche. No doy tres centavos por el alma de Antonio.

OTELO: La inmortalidad. La memoria eterna. La presencia eterna por los siglos de los siglos.

PRÓSPERO: Otelol, nuestras vidas están hechas del material de los sueños. Debemos saber cuándo tenemos la espada por el puño y cuándo nos atraviesa el corazón su aguda punta. En ambos casos es inútil resignarse y es inútil rebelarse. Pero ahora no podemos detenernos. Que responda la ley por sus mandatos. Hamlet, recuerda que cuando me llames siempre estaré a tu lado. Ofelia... ¿sigues regalando flores a los vientos? Reserva una rosa para mí. Quiero ser infiel una vez al año. Quiero ser infiel esta noche. Hamlet cierra los ojos pero nos oye. ¿Sabes?, te he deseado por mucho tiempo. Hasta ahora me atrevo a pedírtelo. Esta noche quiero besar tus ojos, tu pelo, quiero perderme al besar tus labios.

OFELIA: Esta noche, Próspero, te esperaré entre la hierba seca del bosque. Hace mucho tiempo que deseaba esta petición. Yo he tenido que elegir siempre, yo he tenido que decidir a quién entregarme, tú eres el primero que me pide y me entrego a ti de todo corazón. Gracias Próspero, me has hecho muy feliz.

PETRUCHIO: Era la primera vez que sucedía en el pueblo. Los iniciadores son los guías aunque no realicen sus obras hasta la perfección. Los iniciadores serán los que obtengan la fama y la gloria. Seamos iniciadores. Demos el primer paso. El primer paso es el que vale.

HAMLET: Nadie te acompañará. Comienza a caminar tú solo.

ANTONIO: Se ha puesto el sol, Petruchio.

PETRUCHIO: Volverá, Antonio. Todo vuelve al punto de partida; a comenzar de nuevo.

OTELO: ¿A comenzar de nuevo o a comenzar de otra manera? Todo termina.

Lo que comienza es siempre diferente. ¿Crees que haya dos días iguales?

OFELIA: ¿Es verdad lo que oigo? Otelio... ¿estás seguro? ¿Crees que el comenzar de nuevo es comenzar de otra manera?

OTELO: Así lo creo.

OFELIA: Comenzar de nuevo... de una manera diferente... ¡Si fuera cierto!

OTELO: Todo termina. Lo que comienza es siempre diferente.

HAMLET: Puede ser diferente, pero ¡es tan parecido!

OTELO: Sí. Es muy parecido, pero ya no es igual. Hay algo que se pierde y hay algo que se gana.

ANTONIO: ¡Se gana siempre! ¡Siempre se mejora!

OTELO: Se cree que se gana, Antonio. Y solamente se gana al conocer que se ha perdido algo. Porque ahora sabes eso, sabes más; ha crecido tu pensamiento. Es cierto. Pero has roto el equilibrio y tu cuerpo no puede ir al parejo de tu mente. El cuerpo comienza a marchitarse, luego caerá y arrastrará al pensamiento en su caída. Pero después de todo, ¿qué importa?

PETRUCHIO: Antonio, quiero decirte que soy tu amigo; me agradecería oírte decir que tú eres también mi amigo. Sabría que he ganado algo.

ANTONIO: Sabía que tarde o temprano lo dirías, Petruchio. Pero lo único que has hecho es cerrar una puerta. Ahora estaré esperando que la abras de nuevo.

HAMLET: ¿Sabes, Próspero, que el árbol seco del patio ha florecido? Ha dado flores rojas por la noche. Flores de fuego. Flores de sueño. Esta mañana amaneció tan seco como siempre.

PRÓSPERO: No me engañaba. Hay algo en el ambiente. Ofelia...

OFELIA: Esta noche no será posible, Próspero. Se ha movido una estrella inesperadamente. Perdóname. Gracias de todas maneras. Me dejas un bello recuerdo para el resto de mi vida.

OTELO: Se ha movido una estrella... eso dijo. Las estrellas se mueven siempre... siempre.

HAMLET: Las estrellas están inmóviles. Como yo, que brillo en la oscuridad de este planeta. Yo estoy inmóvil. Soy la escultura de un pájaro.

OTELO: ¿Lo crees así, Hamlet? Te engañas. Te mueves siempre. Solamente sueñas que estás quieta.

HAMLET: Soy un pez enterrado en una maceta.

OTELO: Para convencerme de ello tendrás que estar muerta. Que estuvieran comiéndote los gusanos y secándose la piel sobre tus huesos. Eso es la muerte.

HAMLET: También es la muerte no tener una razón para seguir el juego; dejarse llevar sin voluntad por la corriente de la vida con una sola idea absurda rodando por el cerebro.

OTELO: Una idea absurda que se mueve, estúpida. La vida es el movimiento.

HAMLET: Yo soy una hoja inmóvil. Estática. La hoja última de un árbol de piedra.



OTELO: Aún en la materia inerte los átomos están en movimiento, ¿Por qué tienes que ser como una hoja, de piedra, flor de la neblina? ¿Por qué tienes que simular siempre ser lo que no eres? ¿Es que no puedes ser tú misma alguna vez?

## VII

HAMLET: "Ser... o no ser. Ése es el problema." Uso una máscara. Es cierto. Pero tú, sin máscara, ¿eres realmente lo que eres, Oteló? ¿Se levanta más tu espíritu persiguiendo una meta inalcanzable? ¿No podrá uno conocerse totalmente y así con sus limitaciones realizarse totalmente? Me confundes... ¡Una meta! Es imposible llegar a ser totalmente algo que crece a través de las edades para que nunca lo alcancemos. Creer lo contrario es soñar, soñar es una solución muy fácil. Pero es una falsa solución. Soñar... vivir... morir. ¡Tal vez matar! Ser de una vez por todas lo que se es: un tránsito, una faceta del prisma, una forma del cambio, de la transmutación. ¿Entonces? ¡Si encontráramos la solución para soñar siempre! Sin tener que soportar largas esperas. Sin medir los pasos que damos en falso y sin gozar los pasos que damos en firme. Soñar... Vivir... Morir... tal vez matar. No. Pero tampoco puedo resignarme. Si yo me resignara, quizá sería alguien, pero dependería de algo: del motivo de mi resignación. Si yo me rebelara, sería también algo, pero tampoco sería alguien por mí misma. Sería el resultado de la causa que me ha movido a rebelarme. ¿Y la libertad? La libertad debería ser un buen fin. ¿El final existe? Yo tengo un fin en mí misma y ese es el que me importa. Mi fin es no tener ninguno. Rodearme de mí misma. ¿Cuál es tu fin, Oteló? Yo lo conozco: ¡la muerte! Eso fue lo que dijiste. ¿Y después de la muerte? ¿Hay algo nuevo, diferente? ¿Podrías decirme ahora lo que es nuevo y diferente? Ya no... Es posible que tuvieras la razón... Pero ya es tarde... demasiado tarde...

## VIII

PRÓSPERO: Ya es demasiado tarde. Oteló ha expirado. Honraremos su cadáver como se merece.

OFELIA: Oteló ha expirado. Se ha perdido una estrella entre las sombras de la noche. Me gustaría creer que no estaba equivocado.

ANTONIO Y PETRUCHIO: Amén.

PRÓSPERO: Dios luminoso de las mansiones celestiales, recíbelo en tu reino.

HAMLET Y OFELIA: Recíbelo en tu reino.

PRÓSPERO: Dios sombrío de las mansiones subterráneas, recíbelo en tu reino.

ANTONIO Y PETRUCHIO: Recíbelo en tu reino.

PRÓSPERO: Espíritu del aire.

LOS DEMÁS: Recíbelo en tu reino.

PRÓSPERO: Espíritu del fuego.

LOS DEMÁS: Recíbelo en tu reino.

PRÓSPERO: Espíritu del agua.

LOS DEMÁS: Recíbelo en tu reino.

PRÓSPERO: Espíritu de la tierra.

LOS DEMÁS: Recíbelo en tu reino.

PRÓSPERO: Así sea. Oteló. Capitán de reptiles y roedores, buscador de nidos de palomas, bandolero de estrellas apagadas, hijo segundo de Oteló Desdémono, mísero rey de corazón de estopa, y de Desdémona Otelis, reina infeliz en el lecho asesinada, muerto en su juventud por un fantasma, comparece ante nos, el tribunal supremo de la hora suprema del supremo mundo. En vista de la imposibilidad de hablar del acusado, que hable el primer testigo.

ANTONIO: Capitán fue; lo conocí hace tiempo. Siempre clara su voz, no hubo

doblez en su alma. Cumplió con su deber de jefe y compañero. Pido que se le absuelva.

PRÓSPERO: Que hable el segundo testigo.

PETRUCHIO: No fue mía su causa. Era ese peregrino compañero que por casualidad lleva nuestro camino pero va persiguiendo una meta distinta y lucha por llegar a otro destino. Me era simpático. Pido que se le absuelva.

PRÓSPERO: Hay un testigo más.

OFELIA: Nada declaro. Se ha apagado su estrella y prefiero callar las cosas íntimas. Si se me concede el derecho, pido que sea absuelto.

PRÓSPERO: Se concede el derecho. Que hable la acusadora y asesina.

HAMLET: Yo, Hamlet de Stellafreda, acuso a este cadáver, fruto de mis manos, de traición a la desesperada causa de mi vida. Explicaré. Yo soy una estatua, la escultura de una ave. De esta manera soy muy desdichada, pero yo elegí mi desdicha y no quiero cambiar ni aceptar cosa contraria. Confieso que he matado a Otelo pero digo que fue en defensa propia. Tiene uno derecho a defender la manera de sobrellevar su vida y él, como todos han visto y oído, atacó mi razón de existir al atacar la manera en que yo vivo.

PRÓSPERO: El tribunal te absuelve, te perdona. Ahora tendrás que luchar contigo misma para llegar a perdonarte lo que has hecho. No envidio tu conciencia.

HAMLET: He dado mis razones para que el tribunal me absolviera. En paz con el mundo exterior, quedo en lucha conmigo misma. Hace muchos años que la sostengo. Ahora cargaré en mi conciencia el túmulo que honra en mi memoria a Otelo. Su recuerdo me acusará toda mi vida.

PRÓSPERO: La justicia ha terminado sus deberes.

ANTONIO: Pero Otelo ha muerto.

PRÓSPERO: Quedamos en paz los que seguimos viviendo.

PETRUCHIO: Pero Otelo ha muerto.

PRÓSPERO: Sucederán los días a las noches.

OFELIA: Pero Otelo ha muerto.

PRÓSPERO: Y seguirá la vida discurriendo...

HAMLET: Para nosotros, los muertos...

## IX

PRÓSPERO: Destierra esa palabra. Me tienes a tu lado.

HAMLET: Ya no. Próspero. Te concedo la libertad. Espero que sepas perdonarme todo.

PRÓSPERO: ¡Pero es que yo quiero seguir a tu lado!

HAMLET: Empiezas muy bien. Te felicito. Al fin dices que quieres algo. ¿Estás seguro de que quieres seguir a mi lado? Si así fuera, quizá te aceptaría. Desde que te elegí por compañero, desde que te adopté, como suele decir Ofelia, te impuse mi voluntad; fuiste la marioneta movida por los hilos de mis deseos. Cambiaste tu manera anterior de vestir, de hablar... Tus actos no eran libres. Cuando creías elegir, lo hacías porque sabías que lo elegido iba a ser de mi aprobación. Pero también los esclavos cansan... y hoy estoy muy cansada. Quizá extrañe tu presencia. No sé. Quizá Otelo tenía razón. Me siento cambiada esta noche. Es posible que empiece a cambiar. A renovarme. Te doy tu libertad. Te quito tus cadenas pero me llevo también tus poderes, que eran míos.

PRÓSPERO: ¡Pero es que yo no quiero cambiar, es que yo no quiero perderte!

HAMLET: Sí quieres cambiar... Esta tarde te declaraste a Ofelia ¿Por qué lo hiciste?... Todo es inútil Próspero. Empieza a sufrir tu libertad. Ya aprenderás a gozar de ella.

PRÓSPERO: Me has cerrado la puerta. Pero yo quiero seguir a tu lado —Ofelia—... Era feliz contigo... —Ofelia—... ¿Era feliz?

ANTONIO: Hay todavía muchas puertas abiertas.





PETRUCHIO: Te buscaré mañana, amigo mío.

ANTONIO: Ya lo sabía. Me buscarás mañana porque soy tu amigo y hago falta.

PETRUCHIO: ¡No!... Porque quiero buscarte.

ANTONIO: Está bien... Porque quieres buscarme. Pero esta noche la pediré a la hermosa Ofelia.

OFELIA: Antonio... No ha cambiado todo. Las mañanas son para todos los amigos. Las tardes para cada uno. Las tardes del jueves para todos. Son las reglas.

ANTONIO: Pero has roto las reglas. Otelo y tú...

OFELIA: Otelo... Sí. Lo amaba. Le concedí mis noches. Nunca se lo dijimos a nadie. ¿Para qué? ¿Es que ustedes nos confiaron alguna vez todos sus secretos? Es necesario saber callar algunas veces.

PETRUCHIO: Pero ahora ya no importa. Cuéntanos...

OFELIA: Ahora importa más que nunca. Les diré solamente una cosa:

HAMLET: Ofelia, si tú no quieres...

OFELIA: Otelo me enseñó a amar el amor. En muchos aspectos. Algunos de los aspectos que yo he mostrado a ustedes. Recordaré a Otelo siempre. Pase lo que pase.

PETRUCHIO: ¿Podría preguntarte qué harás esta noche?

OFELIA: Esta noche me voy con Hamlet. Tengo algunas cosas que decirle.

HAMLET: Espera un momento Ofelia. Próspero... un último favor. ¿Me lo concedes? Después quedarás libre de mí completamente.

PRÓSPERO: Sí. Lo que tú quieras. (—) Está bien. Lo haré con gusto.

(SALEN OFELIA Y HAMLET)

X

ANTONIO: Se han ido.

PRÓSPERO: Se han ido... Adiós Hamlet. Lo mejor para todos será que empiece desde ahora a olvidarte. Cuando los dos olvidemos nuestro tiempo de sal y de azufre pediré una tarde a la hermosa Ofelia y quedaremos en paz.

PETRUCHIO: ¿Y por qué no pedirle una tarde a la hermosa Hamlet, Próspero? Yo pienso hacerlo pronto.

PRÓSPERO: ¿Tú crees que...?

PETRUCHIO: ¡Claro! En poco tiempo ambas serán iguales.

ANTONIO: Es cierto. Pronto tendré dos hermanas.

PETRUCHIO: ¡Y yo tendré dos madres alternadas!

PRÓSPERO: Hamlet y Ofelia... Quizá... Sería magnífico... Ofelia-Hamlet...

ANTONIO: Próspero, Hamlet te pidió algo al despedirse.

PRÓSPERO: ¡Ah, sí! El último favor; no debemos dejar la tarea interrumpida. Antonio, Petruchio, colóquense en los extremos del cadáver con los brazos en cruz. Yo en medio con los brazos en alto. Pata de cabra, diente de ratón, alas de murciélago; dioses de la luz y de los cielos; dios viscoso del agua; dios en combustión del fuego: Os pido que devuelvan a la vida aquello que prematuramente se llevaron. Cuerno de cabra, cola de ratón, garra de murciélago...

OTELO: ¿Qué pasa Próspero? ¿Por qué esos aspavientos? Creo que me dormí. ¿eh? ¡Y qué sueño tuve!

PETRUCHIO: ¡Cuéntanoslo!

OTELO: A ver... primero iba por un pasadizo oscuro y húmedo; luego llegaba a un río inmenso lleno de vapores; estaba ahí una barca; me subí a ella y empecé a bogar... de pronto la barca tenía un hermoso velamen y se deslizaba entre las nubes, bajo un cielo claro, diáfano... no había sol ni astro ninguno, sólo el cielo. Me sentía envuelto en una maravillosa soledad. Me sentía completo, magnífico, sereno y lúcido. Me sentí crecer, crecer, crecer... repentinamente choqué contra algo y desperté. Hmm... Parece que ya es muy tarde... Ya no están las muchachas... ¿Qué hora es?

## XI

ANTONIO: Casi las nueve.

OTELO: ¡Las nueve! Julieta debe estar esperándome.

PRÓSPERO: ¡Julieta! ¿Qué tiene que ver mi hermana en todo esto?

OTELO: ¡Ah, Próspero! Amo a tu hermana.

PRÓSPERO: ¡Pero si mi hermana es una chiquilla!

OTELO: Eso creía yo. Hace tiempo que no la veía, ¡cómo cambia una mujer en tan poco tiempo!

PRÓSPERO: ¡Tiene apenas quince años!

OTELO: ¡Quince años! ¡La edad del amor! ¡Del gran amor! ¡Del primer amor! Me voy, no quiero hacerla esperar.

PRÓSPERO: Oteló, te prohíbo... ¿y Ofelia?

OTELO: ¿Ofelia?... ¡ah, sí! Hoy dimos por terminado nuestro juego. Dos reyes en un enorme tablero de ajedrez. Además, ¿Qué es lo que me prohíbes? ¡Mejor prohíbe al sol que salga! Adiós Antonio, Petruchio... Próspero, nos vemos.





(SALE OTELO)

PRÓSPERO: ¡Maldito sea! Si he sabido de esto no lo resucito.

PETRUCHIO: Calma Próspero.

PRÓSPERO: ¡Es que... mi hermana! Además, nuestras familias son enemigas. ¿Qué va a decir mi padre?

ANTONIO: ¿No eras tú, Próspero, el que nos contaba hace unos días cierta historia acerca de un amor propiciado?

PETRUCHIO: Sí, un cuento sobre cierta Miranda y un tal Fernando...

PRÓSPERO: No recuerdo.

ANTONIO: Trata de recordar. Era una isla...

PETRUCHIO: Luego una tempestad... Los protagonistas eran italianos...

ANTONIO: Creo que ingleses.

PRÓSPERO: Me parece que recuerdo algo, ¿pero a qué viene eso ahora? Los dos son unos locos ¡Hasta nunca!

(SALE PRÓSPERO)

PETRUCHIO: Ya se le pasará.

ANTONIO: A Oteló le costará trabajo convencerlo.

PETRUCHIO: Julieta bien vale ese trabajo. La vi ayer con su institutriz en el balcón de su casa, ¡qué hermosura! Y apenas ayer era una chiquilla...

ANTONIO: Es de familia de digna. Será tan hermosa como su madre...

PETRUCHIO: Antonio, mira. Ha salido la luna tras la montaña...

ANTONIO: Se ha movido la montaña y ya se deja ver la luna.

PETRUCHIO: ¿Crees que alcancemos la luna algún día, Antonio?

ANTONIO: Seguramente. Nos pertenece. Alguna vez fue parte de la tierra.

PETRUCHIO: ¿Y la tierra una parte del sol, no es así?

ANTONIO: Así es. Muy pronto iremos a poseerla.

PETRUCHIO: ¡Hay tantos problemas por solucionar aquí abajo, todavía!

ANTONIO: Se solucionarán también, no te preocupes. Iremos al espacio.

PETRUCHIO: Sí. Tendremos una estación en el espacio. Pero deberíamos solucionar los problemas de esta isla giratoria antes de ello.

ANTONIO: Cierra los ojos Petruccio; así no verás los problemas.

PETRUCHIO: ¡Pero tampoco vería la luz del sol!

ANTONIO: No. No verías tampoco la luz del sol. Ni la del sol que queremos construir en el sótano.

PETRUCHIO: ¡Nuestro sol! ¿Por qué no empezamos a construirlo desde ahora?

ANTONIO: Es cierto. Empecemos a construirlo ahora.

PETRUCHIO: Sí. Ahora.

ANTONIO: Ahora.